

« En España se está propiciando un proceso nihilista, laicista, neomarxista y relativista»

- «La LOE no va a educar porque soslaya aspectos fundamentales de la persona, como las grandes preguntas del hombre» • «Ser nombrado cardenal me conforta, parece que no camino en vano»

Antonio Cañizares Llovera es una de esas personas a las que ocupar un alto cargo en una institución –en este caso, la Iglesia–, lejos de subírsele a la cabeza, le ha potenciado su tendencia a la sencillez y a la cercanía. A sus sesenta años es uno de los cardenales más jóvenes de todo el colegio cardenalicio, incluidos los recién nombrados por Benedicto XVI, a quien, por cierto, le une mucho más que el trato propio entre un arzobispo y un Pontífice. Conoce bien la personalidad de Joseph Ratzinger porque ha trabajado codo a codo con él durante años en las tareas propias de la Congregación para la Doctrina de la Fe. En aquellas largas jornadas de labor intraeclesial, el actual Papa entabló una estrecha amistad con quien, desde entonces, es conocido como la mano derecha del Santo Padre en nuestro país. Cuando habla, su voz suena con la naturalidad de ese familiar al que hace tiempo que no se ve, pero con quien parece que se convive a diario. Y eso que este toledano de adopción nacido en Utiel lleva años en la primera línea de la Iglesia española y ocupa hoy la vicepresidencia de la Conferencia Episcopal.

J. R. Navarro Pareja / J. A. Méndez

Madrid- Ha sido el único prelado español elegido por Benedicto XVI para su primer consistorio cardenalicio, que se celebrará en tres semanas. Una decisión que ha sorprendido a muy pocos, si se tiene en cuenta que su voz es una de las más contundentes dentro del episcopado español a la hora de hablar sobre la situación actual de la Iglesia, la unidad de España o la reforma educativa. En la primera entrevista que concede a un medio escrito desde su nombramiento, desgrana éstos y otros asuntos polémicos.

P. –Ser nombrado cardenal es una distinción que supone una de las más altas responsabilidades en el seno de la Iglesia. ¿Qué ha supuesto para usted este nombramiento?

R. – Una gracia inmensa del Señor y una llamada suya a entregarme más a la Iglesia, en comunión total e inquebrantable con el Santo Padre, para trabajar a su lado con toda obediencia y fidelidad en aquello en que pueda y deba ayudarle. Supone un regalo de Dios para servir sin ninguna reserva junto al que es Siervo de los siervos de Dios, y una entrega a Jesucristo.

P.– ¿Qué es exactamente lo que sintió cuando le comunicaron la noticia?

R.– Estremecimiento y gozo. Agradecimiento. Alegría grande por recibir el don de esta grandeza que supera mi capacidad, y que por ello no puede ser más que gracia. Conmoción porque se mostraba tan cercana e infinita la misericordia del Señor para conmigo. Agradecimiento grande por la confianza que el Papa Benedicto XVI depositaba en mi persona. Me identifico por completo, en mi pobreza y fragilidad, con las mismas actitudes y sentimientos de la Virgen María en el Magnificat, y con las de

aquel salmo que dice: «No pretendo grandezas que me superan, acallo y modero mis deseos como un niño recién amamantado en brazos de su madre». Y desde luego experimenté una confianza grande en la bondad y en las manos de Dios, nuestro Señor, que me conducirán, como hasta ahora.

P. – ¿Cuáles cree que han sido las razones que han llevado al Santo Padre para confiarle esta responsabilidad?

R. – Eso habría que preguntárselo al Santo Padre. Yo no veo otras que el ser arzobispo de la archidiócesis Primada de Toledo, sede cardenalicia a lo largo de la historia, e iglesia que tiene como vocación, sobre todo a partir del Tercer Concilio Toledano, mantenerse firme en la fe católica, como enseña de unidad y vínculo de las iglesias de España, entre sí, y con la iglesia de Roma. Otra razón que veo es la gran benevolencia del Papa, signo también de la condescendencia divina.

P. – Muchos, entre ellos monseñor Blázquez, han apuntado que su designación supone un espaldarazo de la Santa Sede a la postura que mantiene dentro del episcopado español...

R. – El apoyo es con toda certeza y seguridad para la Conferencia Episcopal Española. Uno de sus miembros ha sido llamado a esta responsabilidad. Y por lo que a mí respecta, personalmente me he sentido confortado y confirmado; parece que no camino en vano.

Trabajar por la unidad de España.

P. – Ya ha anunciado que va a seguir trabajando en la defensa de la unidad de España. ¿Por qué y cómo piensa hacerlo?

R. – Como le corresponde a un obispo, a un cardenal; sirviendo a la fe en Jesucristo, que entraña siempre unidad, integración y vertebración entre los hombres, amor como base de la convivencia entre las gentes y los pueblos. Difundiendo la verdad que nos hace libres y se realiza en el amor; defendiendo al hombre y sus derechos fundamentales; sirviendo a esta realidad de historia común compartida multiseccularmente que es España, unidad cultural, unidad moral y social. Y trabajando para que se aviven y vigoricen las raíces cristianas que constituyen los sillares y cimientos de una herencia común que hacen la unidad de nuestra patria, y que nos han hecho protagonistas unidos de grandes gestas y grandes obras de cultura y elevación humana, moral y espiritual de los pueblos. Quiero hacerlo promoviendo y defendiendo los principios morales que apelan a la unidad, y apoyando a cuanto se refiera a la unidad de nuestros pueblos como un bien moral a proteger. Creo que es muy consonante con lo que es la sede primada de Toledo, donde se gesta esta unidad en su tercer Concilio, y muy consonante también con el cardenalato.

P. – Usted se ha pronunciado claramente en contra de la Ley de Educación que plantea aprobar el Gobierno, ¿qué daño puede hacer esta norma a las nuevas generaciones?

R. – Esta ley es prolongación y, si cabe culminación, de la LOGSE. Los resultados de la LOGSE ahí los tenemos. Ha fracasado. Y ha fracasado, sobre todo y más allá del

fracaso escolar de conocimientos, porque no ha sido capaz de educar. La LOE tampoco va a educar, porque soslaya aspectos fundamentales de la persona, como son las respuestas a las grandes preguntas del hombre, y no tiene en cuenta las exigencias de la persona humana en cuanto persona. Hay unas concepciones antropológicas y educativas en la nueva norma que son muy alicortas e insuficientes para responder a las grandes necesidades del hombre en general y, en particular, del hombre de hoy inmerso en una historia y en una cultura. Esta concepción a la que me refiero no es confesional, sino de la recta razón humana, de la verdad del hombre. La LOE refleja un proyecto cultural con el que no puedo estar de acuerdo: pretende, según mi parecer, una escuela laica y neutra, dirigida por el Estado; está al servicio de un gran cambio, de una «revolución» cultural. De aquí viene mi gran preocupación por la nueva asignatura y por la nueva enseñanza transversal de «Educación para la ciudadanía», desde los datos que, hoy por hoy, se disponen.

Destino social incierto.

P.– ¿Cree, por tanto, que en España se están asentando las bases para entrar en un proceso revolucionario?

R.– Se podría, en estos momentos, estar poniendo las bases para un proceso revolucionario, sin duda. Estamos ante un proceso, desde hace años, de una gran revolución cultural. «Que España no la conozca ni su madre», se dijo más o menos en frase conocida. En estos momentos esto parece intensificarse. Se está propiciando, a mi entender y el de otros muchos, un proceso con ingredientes nihilistas, neomarxistas, laicistas y relativistas. Parece claro que nos hallamos inmersos en un conjunto de procesos y decisiones convergentes hacia un cambio total y subterráneo de lo que están siendo históricamente las bases de nuestra sociedad. Y esto es lo que caracteriza una revolución. Cambio en la visión de la historia, olvido de las raíces de nuestra sociedad, cambios hondos en el conjunto de valores y creencias que sustentan nuestro pueblo, convivencia y desarrollo, cambios en la configuración política, etc. Algún articulista se ha referido a este momento y lo ha saludado como, «¡por fin!, la posibilidad de llevar a cabo lo que se intentó y no se logró en una historia pasada no lejana». No sé a dónde se trata de conducirnos.

P.–¿Está Benedicto XVI tan enterado como se afirma de la situación en España, en lo que respecta a las relaciones Iglesia-Estado?

R.– ¿Por qué no? El es Pastor con solicitud por todas las iglesias. Los Papas, para ejercer su pastoreo universal, siempre tienen una información precisa y fundamental de lo que ocurre. Es una persona muy inteligente y siempre ha tenido un conocimiento de la realidad muy grande y agudo. Siempre ha querido mucho a España y ha seguido con interés y agudeza de visión todo lo nuestro. Por eso tengo la certeza de que está muy enterado de lo que he llamado «todo lo nuestro».

P.– Una de las ideas en que más ha incidido durante estos días es en la que su nombramiento es una llamada a servir...

R.– Así es, porque en la Iglesia y entre los discípulos del Señor, estar «más arriba» o en los «primeros puestos» es para servir y no ser servido, como Jesucristo que vino a servir y dar la vida por todos. No querría estar como cardenal entre los hombres, sino como el

que sirve, disponible para todos. Mi vida no puede ser otra cosa que servir sencillamente, expropiado para los demás, servir con la caridad, el ejemplo, el magisterio de la verdad de la fe eclesial, cercano a los pobres, tomando parte en los duros trabajos del Evangelio, fortaleciendo la comunión o restañándola si está maltrecha. Siempre «con Pedro y bajo Pedro».

P.– También ha mencionado que es una labor que está «muy por encima» de su capacidad. ¿Le abrumba tanta responsabilidad?

R.– Soy muy consciente de lo que se me confía y, aunque resulte extraño, no me abrumba en absoluto. Asumo esta responsabilidad, que me excede, con mucha paz, lleno de confianza en el Señor. Él, que a través del Papa me encomienda este nuevo servicio, me dará su gracia, y también su auxilio. Yo colaboraré con todas mis fuerzas. No estoy sólo, sé que hay muchos que rezan por mí; creo en la comunión de los santos y experimento la verdad de su realidad. Cuento con la ayuda de la Virgen María.

Una elección nada casual.

P.– ¿Cómo valora que el anuncio del consistorio haya sido en el día de la Cátedra de san Pedro, y la imposición del capelo vaya a ser en la festividad de la Encarnación?

R.– Toda la historia está llena de los signos e indicativos de Dios. Estas dos fechas sin duda lo son en grado muy elocuente. El Papa mismo dijo que celebrar la «cátedra» de Pedro significa «reconocer en ella un signo privilegiado del amor de Dios, pastor bueno y eterno, que quiere reunir a toda su Iglesia y guiarla por el camino de la salvación». Por eso el don del cardenalato es estar asociado a este signo de amor, por un vínculo especial con el sucesor de Pedro en su ministerio de confirmar en la fe apostólica, garantizar la unidad y fortalecer la comunión eclesial, presidir sirviendo en la caridad y alentar la esperanza de toda la Iglesia. Por otro lado, la Encarnación es el centro de la historia y la presencia plena entre nosotros del amor y la misericordia infinita de Dios en su Hijo único venido en carne, su gran pasión por el hombre y su plena apuesta por él; ahí tenemos la verdad de Dios y la del hombre unidas. Al servicio, junto al Papa, del testimonio, el anuncio y la participación de ese amor, está el cardenalato.

P.– La distinción con el capelo ya es suficiente motivo de alegría, pero ¿sintió algo más especial al ser nombrado por un amigo personal como es para usted el Pontífice?

R.– Sí, claramente sí. Tuve un sentimiento muy fuerte de agradecimiento hacia Benedicto XVI, y de un amor muy especial. En cuanto llegué a casa, tras la noticia del Nuncio, lo primero que hice fue pasar a la capilla para dar gracias y, particularmente, para pedir por el Papa, para que Dios se volcase en él, y para que me hiciese capaz de corresponder a este gesto suyo con una amistad, un afecto y un amor todavía mayores. Me siento muy unido al Papa, y muy honrado, inmerecidamente, con tantos gestos suyos de favor y cercanía.

Relaciones cercanas.

P.– ¿Cómo conoció al Papa y cuál es actualmente su trato?

R.– Le conocí personalmente por primera vez en Viena en una reunión de presidentes de Comisiones Doctrinales de Europa. En aquellos momentos era secretario de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe en España, y acompañaba a mi amigo y maestro Antonio Palenzuela. En estos meses de pontificado de Benedicto XVI lo he saludado en cuatro ocasiones en audiencia general, y la verdad es que me siento dichoso por su condescendencia y cercanía. De ellas he salido muy fortalecido.

P.– ¿Qué opinión le merece el resto de nombramientos? Porque en el próximo consistorio coincidirá con representantes de la Iglesia en China o Venezuela que se distinguen por su oposición a los regímenes totalitarios, y otros como el arzobispo de Boston, nombrado tras una delicada situación en aquella diócesis.

R.– Colocando al margen mi nombramiento, estimo que ha sido espléndido el conjunto y cada uno, muy bien estudiado, con mucha significación cada uno de ellos. A algunos los conozco personalmente y me honro con su amistad, y son magníficos pastores y excelentes hombres de fe y testigos del Evangelio. Por otra parte, como dijo el Papa, en este grupo de los nuevos cardenales «se refleja la universalidad de la Iglesia, proceden de hecho de diferentes partes del mundo y desempeñan tareas diferentes en el servicio del Pueblo de Dios».

« Mis padres me han dado lo mejor de mi vida»

P. – A las pocas horas de hacerse público su nombramiento, usted comentó a los periodistas que pensó en sus padres cuando se enteró...

R. – ¡Cómo no pensar en ellos y en mi hermano (y también en mi hermana, que, gracias a Dios, aún vive), si de ellos lo he recibido todo! Lo mejor de mi vida es herencia de mis padres y de mi familia: la fe en Cristo, el amor y el temor de Dios, el aprender a rezar, el gozo de la Iglesia. Dios se valió de ellos para mi vocación. Sólo Él y yo sabemos lo que me han ayudado en mi camino sacerdotal.

P. – Y ahora, ¿cómo afronta su labor dentro del colegio cardenalicio?

R. – Con fe, una gran esperanza y ganas de servir, con la mirada en Jesucristo crucificado, en este nuevo camino, con ánimo de no retirarme ni echarme atrás en los trabajos que el Papa me encomiende, que me pida la Iglesia para llevar el Evangelio y hacer presente el amor y la misericordia de Dios. No quiero nada más que obedecer y hacer la voluntad de Dios, como reza mi lema episcopal.